

# El pueblo que se come el dosel del bosque húmedo premontano

La invasión europea de hace 500 años en las tierras altas centrales de Costa Rica cortó un diálogo ancestral entre la población güetar y su ecosistema del bosque húmedo premontano, diálogo a través del que las familias comprendían los ciclos de las fuerzas de la tierra, trabajando a favor de corriente con ellas y no en su contra, como trabaja y vive en la actualidad la población campesina mestiza vallecentralleña; diálogo, aquél, basado en el intercambio ritual con el bosque, en la ofrenda de productos para los espíritus protectores del bosque o en los sacrificios.

La cultura europea, en su estrategia de dominación y explotación, persiguió: (1) desestructurar los ciclos vitales de funcionamiento del ecosistema de bosque húmedo premontano para apropiarse de sus recursos naturales extractivamente, y (2) romper ese diálogo e intercambio de energía entre la población güetar y su ecosistema. Estos dos procesos, cuyo objetivo era la integración de los güetares –destruyéndolos en tanto tales– a la naciente economía capitalista europea del siglo XVI, estaban basados en la lógica tanatológica y sacrificial propia de la cosmovisión antropocéntrica judeocristina que se perpetúa hasta nuestros días en toda América Latina, como lo señala Franz Hinkelammert (1994: 8).

Se rompió así la columna vertebral de esa conversación milenaria a través de la que los güetares habían logrado descifrar *las palabras de la Tierra*, los "códigos ecológicos" del bosque húmedo premontano, para incorporarlos a su estrategia de supervivencia: la llamada *estrategia indígena-campesina del uso múltiple de los recursos naturales* (Toledo 1991: 19), la cual descubre que la clave de supervivencia en el bosque es imitar la diversidad del bosque en sus componentes y procesos ecológicos. Es decir, ante el impredecible mundo natural y sus cambios catastróficos la estrategia es apostar a la diversidad siempre en el espacio y en el tiempo como forma de amortiguar esos cambios repentinos. Estrategia que también apuesta a la diversidad ante los cambios repentinos del mercado capitalista que sometió a los indígenas a partir del siglo XVI, ante el que éstos estaban a merced en cuanto a fijación de precios de productos e

insumos. Es como una estrategia-red en la que esas poblaciones apostaron a la diversidad de prácticas: son, a la vez, cultivadores de semillas y tubérculos, recolectores de frutos, fibras y leña del bosque, cazadores, pescadores, artesanos, pastores y jornaleros, con la idea de asegurar, a pesar de los cambios repentinos, el paso continuo de energía y materia del ecosistema boscoso a sus estómagos. Se promueve así una diversidad genética de especies cultivadas, recolectadas o cazadas y una diversidad de prácticas. El espacio de la finca y los predios naturales se transforman en un mosaico diverso de zonas con pastos, charrales, bosques, áreas de diversos policultivos, ríos y lagunas.

La invasión europea impuso economías monocultivistas y cortó el proceso de experimentación del güetar con su mundo natural basado en la prueba y el error durante cada jornada, cada mes, cada calendario agrícola anual y durante su vida; intercambiando con el vecino las sabidurías y prácticas descubiertas como efectivas, o transmitiéndolas del padre al hijo. Ahora, como consecuencia del corte llevado

---

por **Gerardo Alfaro**

---

a cabo por la invasión europea, cada anciano se lleva a la tumba el bagaje de saberes y experiencias aprendidas. Los *códigos ecológicos secretos* encerrados en las toponimias de ríos, quebradas, cerros y lagunas del Valle Central, que describen los recursos naturales (plantas, suelos, animales, insectos, peces) que abundan en tal o cual lugar y que hasta nos indican en qué épocas del año, y de qué forma recolectarlos y prepararlos, dejaron de tener significado, pues la lengua güetar desapareció. El Valle Central y sus territorios periféricos de San Carlos (norte), Turrialba (este), Acosta (sur), Puriscal (suroeste), Parrita (oeste), Turrubares (oeste) y Orotina (oeste), están plagados de tales toponimias güetares. Su mensaje o claves de significación ecológica para la supervivencia nos las arrebató a las actuales generaciones costarricenses aquella invasión europea y hoy son solo palabras muertas, vacías de la magia de sus significados naturales... El nombre del pueblo, del río, de la quebrada, del cerro, del volcán, de la laguna, del animal y de la planta hoy están mudos, no nos dicen nada. Son los casos de nombres de pueblos como Turrúcares de Alajuela, que en lengua güetar -siguiendo a los maestros Luis Poveda (2000: 666) y Miguel Ángel Quesada

(1998)- significaría: *Donde abundan los árboles de turrú*, pues *turrú* en güetar es: árbol de frutillas comestibles moradas de sabor agrídulce (*Eugenia costaricensis* y *Eugenia acapulensis*), y *cares* deriva de *gris* o *gris* que es el abundancio de algún recurso natural. O el caso del nombre del río y del poblado Tacares de Grecia, que deriva de *taca* (*Sechium pittieri*: cucurbitácea conocida como tacaco cimarrón) y de *ri*, que significa río, o sea: El río donde hay plantas de tacaco cimarrón. O el caso de Tacacorí de Alajuela, que proviene de tacaco (*Sechium tacaco*, curbitácea) y también de *ri*, entonces: El río donde hay tacaco. O el caso del nombre del volcán Irazú, que proviene de *ira*, que en lengua güetar es el nombre del árbol *Ocotea austinii* (laurácea), y de *K'zú*, que es *cerro*: *El cerro de las iras*. O el caso del río y poblado Cuarros en Orotina, que proviene de *cua*, que es *mariposa*, y de *arros*, que es *grande* (posiblemente para referirse a la mariposa *Morpho peleides*). O el caso de la localidad Ayarco, cerca de la capital, que proviene de *ayar*, que significa *palmerita* (*Chamaedorea tepejilote*, Arecacea), y de *co*, que es *hoja*. Etcétera.

Estos significados o claves ecológicas dentro de su economía de subsistencia en el bosque, y los saberes y destrezas güetares que los acompañaban, empezaron a erosionarse ante el avance occidental. La lengua se dejó de hablar activamente en el siglo XVIII, luego de haber sido la segunda lengua oficial del país, junto al español, y haber sido utilizada por los conquistadores en el sometimiento de otros pueblos. Sus descendientes hoy día a duras penas logran sobrevivir desterrados en las sierras montañosas marginales al sur del Valle Central, en las reservas indígenas de Quitirrisí y de Zapatón, y en poblados como Bocana, Bajo Quivel, Polca, Candelarita, Teruel, Bajo El Rey, Cot, Quirtcot, Barva, Tucurrique, Cerro Nene, San Gerardo de Parrita, etcétera.

La estrategia de los invasores europeos fue destruir el ecosistema del bosque húmedo premontano para eliminar la base material o matriz de donde se alimentaba la cultura güetar. Durante los siglos XVI y XVII se taló el bosque para dar paso a potreros para pastoreo de ganado y a zonas de cultivos de granos como maíz, frijoles, trigo y de tubérculos; luego, en el siglo XVIII a cultivos comerciales como el del tabaco, y en el siglo XIX al del café, siendo la población güetar arrinconada en las sierras.

¿Por qué el invasor europeo escogió las tierras altas centrales, sus bosques húmedos premontanos y a esta población güetar como punto de partida de su infeliz aventura? No es, como ha dicho el historicismo oficial hasta hace poco, que se debió al parecido de estos valles de montaña, con su clima templado y "gentes naturales pacíficas", con las tierras gallegas de donde venían algunos de los conquistadores. La verdad es que escogieron esta zona y población porque, por un lado, es uno de los ecosistemas más ricos florística y faunísticamente debido a su condición de ser la transición entre los ecosistemas de tierras costeras muy húmedas y tie-

rras templadas montanas, por poseer suelos andisoles de origen volcánico y dos estaciones climáticas: una seca y otra lluviosa. Y, por otro lado, porque era ahí donde se asentaba la nación indígena más poderosa de la zona y que había logrado uno de las más exquisitas sabidurías sobre el bosque húmedo premontano, traducida en diversas prácticas de agricultura migratoria de roza con quema y en crudo (la técnica de frijol tapado), de caza, de recolección y pesca y de control y usufructo de ecosistemas desde el bosque seco de la costa pacífica central (península y golfo de Nicoya) hasta los ecosistemas de bosque muy húmedo tropical de la costa atlántica (llanuras aluviales del río Suerre, hoy Reventazón). Esto les había permitido el acopio de una impresionante diversidad de productos: pescado y moluscos de ambas costas, sal, pescado y camarones de río, carne de animales silvestres y de aves de bosques húmedos (*Tayasu pecari*, *Tapirus bairdii*, *Mazama americana*, *Agouti paca*, *Dasyprocta punctata*, *Tinamus major*, *Penélope purpurecens*) y de bosques secos (*Odocoileus virginianus*, *Tayasu tajacu*, *Nasua narica*, *Dasyopus novemcintus*, *Odontophorus sp.*, *Crax rubra*), frutos, semillas, retoños y raíces, hojas y bejucos para empajado y confección de ranchos (*Calypstrogyne ghiesbreghtiana*, *Attalea butyracea*, *Socratea durísima*, *Smilax sp.*)... Productos que eran comerciados de costa a costa por una impresionante red de calzadas



Juan L. Pérez, de Quitirrisí, sosteniendo hojas de agrá

de piedra que salían del Valle Central atravesando las faldas del volcán Irazú hasta la ciudad precolombina de Guayabo y de ahí hacia las llanuras del Atlántico; mientras que por una red de trillos o canjorros que salían del Valle Central hacia la costa pacífica, pasando por Puriscal y Turrubares, la nación güetar había logrado, a través de sus dos cacicazgos principales, el de Oriente liderado por el cacique Guarco y el de Occidente liderado por Garabito, un control de otras poblaciones indígenas como bribris, cabécares, suerres, votos, tices, catapas, chorotegas y quepos, al punto de que la lengua güetar era *lingua franca* comprendida en casi todo el territorio nacional. Por eso para los conquistadores europeos controlar la nación güetar y los ecosistemas que usufructuaba era tener la llave de entrada y control de toda esta región de América Central, por esa razón la escogieron.

Sin embargo, el güetar sobrevive obstinadamente en los rasgos fenotípicos del campesino vallecentralero, en sus costumbres, en sus conocimientos y prácticas de agricultura vegetativa (asociación de huerto o policultivo, siembra de granos en tapado, barbecho y cultivo) y en el uso de las lunaciones para al mínimo esfuerzo sacar el mayor sustento en prácticas de chapias del monte en luna creciente o de siembra de granos en luna menguante. Sobrevive también en costumbres alimentarias como el comer retoños o "chases", semillas, frutos y palmitos del dosel del bosque húmedo premontano que todavía hoy recuerdan o comen los abuelos de la Reserva Indígena Zapatón o de la de Quitirrisí, de las pocas áreas de bosque húmedo premontano fragmentado que sobreviven en el Parque Nacional La Cangreja, en los Cerros de Escazú, en la Zona Protectora El Rodeo, en la Zona Protectora La Carpintera y en bosquecillos riparios diseminados por todo el Valle Central.

¿Por qué es importante entonces, para la sociedad costarricense, emprender estudios sobre las sabidurías y

prácticas agrícolas, alimenticias, de recolección, artesanales, de caza y pesca de los güetares? Porque tales sabidurías y prácticas constituyen una respuesta a la crisis ambiental, económica y social en que se debate nuestra sociedad ahora. En la actual encrucijada, debiéramos retomar la senda de la cosmovisión espiritual biocéntrica, despreciada y ocultada por el invasor europeo hace 500 años, recuperándola de la mente de los abuelos güetares: que se nos devuelva la calidad de vida en lo alimentario, en lo espiritual, en la salud, en la independencia política. De acuerdo a estudios recientes del Ministerio de Salud, la dieta del costarricense está recargada de almidones, acarreado esto problemas de salud como obesidad, azúcar en la sangre, enfermedades gástricas, cáncer, etcétera; en contraste, los güetares entendieron que la riqueza nutritiva proteínica se concentraba no en el suelo —como sí sucede en los ecosistemas templados europeos— sino en el dosel. La población costarricense ha sido llevada a la ignorancia del valor del bosque húmedo premontano en cuanto a nutrición, recursos medicinales y control biológico de plagas, por eso lo ha destruido tratándolo como "maleza" que estorba al "progreso" y el "desarrollo".

#### Referencias bibliográficas

- Hinkelammert, Franz. 1994. *Occidente y la lógica sacrificial*. Dei. San José.
- Quesada, Miguel Ángel. 1998. *Los huetares: historia, lengua, etnografía y tradición oral*. Editorial Tecnológica de Costa Rica. San José.
- Poveda, Luis y Jorge León. 2000. *Nombres comunes de las plantas en Costa Rica*. Editorial Guayacán. San José.
- Toledo, Víctor. 1991. *Manual de investigaciones etnoecológicas en América Latina: la estrategia campesina del uso múltiple de los recursos naturales*. Universidad Autónoma de México. México.



Victorino Hernández en bosque secundario en Zapatón